

Reseñas – Comptes-rendus – Reviews

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Francisco, (2012) *Esperando a Gödel. Literatura y matemáticas*. Madrid, Nivola, 507 pp., ISBN 978-84-92493-84-5.

Palabras clave: literatura moderna, matemáticas, epistemocrítica, historia de la ciencia.

A juzgar por el contenido de un número reciente de la revista *Les Temps Modernes* titulado “Critiques de la critique”, la preocupación de la crítica literaria por su propia defunción (léase autotelismo o inutilidad) no sólo quitaba el sueño a los hermeneutas de la modernidad, sino que aún habita como un estribillo pegadizo los cenáculos de estos tiempos inciertos que nos ha tocado vivir tras la resaca post-estructuralista. La alarma es casi tan antigua como el propio ejercicio interpretativo, tal como advirtieran Montaigne con su famoso “nous ne faisons que nous entregloser” y más recientemente Jean Paulhan, Pierre Bourdieu o Antoine Compagnon, pero su eco resuena más fuerte que nunca, favorecido por unas condiciones acústicas óptimas: ausencia de los grandes discursos, multiplicación de las redes sociales, triunfo de la pantalla sobre la letra impresa, sustitución de las librerías por los supermercados. No sorprende por tanto que las voces apocalípticas renueven el manido repertorio de cantos de cisne, tan repetitivo y bien avenido como esa *mauvaise foi* secular que nos lleva a responder, ante la puesta en evidencia de nuestra torpeza con los números, que somos “de letras”.

Al igual que sucede entre las ciencias y las artes en el imaginario popular, el problema de la crítica moderna en su relación con el mundo se plantea como la aparente imposibilidad de salvar una distancia entre dos polos que durante mucho tiempo se han ignorado mutuamente, por no decir despreciado. Nada más natural a priori que la mirada altiva del literato sobre el supuesto utilitarismo del ingeniero, o la burla de éste ante el carácter ensoñador del primero. Actitudes por otro lado tan reivindicativas como el celo con que el crítico defendía esa autonomía que tanto le costó afirmar y cuyo exceso ha terminado por lamentar desde el interior de la burbuja impenetrable que él mismo ha construido.

El auge del formalismo dejó claro que era posible, incluso deseable, observar las obras desde la propia literatura, puesto que la literatura también podía constituirse en una ciencia. Lo demás, como dijera el poeta, se perdía en la masa informe del *universel reportage*. No obstante, y antes del terremoto provocado por la deconstrucción y del advenimiento de los *cultural studies*, una serie de pistas ya invitaba a relativizar una perspectiva en ocasiones reductora que separaba la crítica de la sociedad y por ende la literatura de todo lo que no lo era. Aceptar esa dicotomía innegociable suponía simplificar las trayectorias transversales de algunos de los grandes renovadores de la literatura: unos, como Novalis, Robert Musil, Robbe-Grillet o Juan Benet, de formación científica y vocación literaria; otros,

como Lautréamont, Tolstoi, Dostoievski o Beckett, en permanente diálogo con las teorías matemáticas de su tiempo.

Claro que, como la carta robada en el famoso y comentadísimo misterio de Poe, la estrecha relación de esos y otros escritores con la reina de las ciencias nunca estuvo oculta a ojos del investigador. Simplemente hacía falta verla. En ese sentido, la propuesta del autor de este ensayo monumental por su tamaño y ambición adquiere el mismo valor con respecto a los *grands rhétoriciens* de la crítica que la lucidez de Arsène Dupin con respecto a los métodos de sus predecesores: el de una invitación a conciliar las disciplinas para ser capaz de *mirar* de otra manera. Siguiendo la senda trazada por Proust y Poincaré, Francisco González Fernández ha desarrollado a lo largo de su trayectoria esa mirada unificadora a través de un discurso crítico riguroso y coherente, apoyado en unas sólidas bases tanto desde el punto de vista de la literatura como de las matemáticas. Unida a su labor como profesor titular de literatura francesa de la Universidad de Oviedo y como miembro del grupo de investigación ILICIA (Inscripciones Literarias de la Ciencia), su extensa aportación al campo de la epistemocrítica puede observarse en sus numerosos artículos dedicados a la presencia del lenguaje científico y tecnológico en la literatura moderna.

Al mismo tiempo, y en esto también sigue al autor de *À la recherche du temps perdu* y a los grandes matemáticos, esa voluntad de conciliar los extremos se despliega a través de un estilo que exprime las potencialidades de la analogía y establece una relación de complementariedad entre la imagen, la explicación ilustrativa, la erudición y el tecnicismo, convirtiendo así la lectura en una experiencia estética y epistemológica. Resulta complicado no dejarse llevar por la fuerza evocadora del título y de la doble metáfora inaugural de *Esperando a Gödel. Literatura y matemáticas*: el primero sintetiza la compleja relación entre ambas disciplinas desde el siglo XVII hasta el siglo XX como la crónica de un encuentro anunciado, y la segunda equipara el esfuerzo investigador de Francisco González Fernández con un recorrido por el Puente de las Artes de París (en sí mismo una metáfora de la unión entre las artes y las ciencias, puesto que une el Louvre con la Academia de las Ciencias). Si la crítica literaria aspira a ser una ciencia, cabe señalar que toda ciencia encierra en sí un componente creativo y simbólico que permite establecer vínculos entre elementos aislados, por lo que “contrariamente a un cliché ampliamente extendido, el hombre de ciencias no es un simple recopilador de hechos, sino un verdadero artista, como no se cansaría de repetir Poincaré” (p. 372).

Partiendo de esta premisa, el autor defiende una crítica abierta y relacionadora frente a la separación y la autonomía, sin por ello perder de vista el análisis textual exhaustivo ni usar las obras como pretexto para disertaciones sociológicas o científicas. No se limita pues a recoger en una suerte de catálogo temático o anecdótico la presencia de determinadas ideas, estructuras o fórmulas matemáticas en distintos textos, sino que desentraña su importancia en la construcción de los mismos, teniendo en cuenta que “algunas obras literarias, consideradas en la actualidad como clásicos, no pueden apreciarse en toda su plenitud, riqueza y

complejidad si se obvian las referencias matemáticas (implícitas o explícitas), si no se examina con atención la función estructural que desempeñan en el texto” (p. 19).

En la mejor tradición del estructuralismo, pero sin renunciar a la transitividad de la historia de las ideas, Francisco González Fernández plantea en cada uno de los capítulos de su estudio la imbricación de un determinado paradigma científico en el tejido de una o varias obras clave de la modernidad, impulsoras a su vez de una revolución estética en el momento de su publicación. De este modo, a través de una serie de calas significativas, asistimos a un fascinante juego de correspondencias entre dos disciplinas que no hacen sino expresar las mismas inquietudes empleando sistemas de signos distintos. En el transcurso de este doble recorrido por la historia de la ciencia y de la literatura, el autor se encarga de desmenuzar la constante relación de influencia y rechazo que existe entre ambas, pero sobre todo los efectos bilaterales de dicho intercambio. No es por tanto casual que la mayor parte de los estudios que componen el ensayo estén enmarcados en el siglo XIX, momento de profunda transformación tanto en el campo de la literatura como en el de las matemáticas tras la puesta en duda de postulados que hasta ese momento se consideraban inamovibles.

Aunque hasta el siglo XVII, como apunta Francisco González Fernández, existiera una comunión evidente entre ambos saberes, el racionalismo cartesiano y posteriormente la física de Newton propiciaron una separación que seguiría vigente en la comunidad científica y literaria hasta principios del siglo XX. Ante la capacidad del lenguaje científico para explicar el funcionamiento de los fenómenos físicos, poco tenía que ofrecer ese arte de la indefinición y la intuición que es la literatura a ojos del pragmatismo positivista, que limitó la matemática a su dimensión más prosaica: la de la contabilidad y la estadística. Resulta tanto más pertinente y necesaria esta reflexión sobre las concepciones reductoras en torno a ambas disciplinas cuanto que no sólo el discurso de la modernidad se fundó sobre dicho planteamiento reduccionista, con los catastróficos resultados que todos conocemos, sino que todavía hoy siguen formando parte de la *doxa* merced a la insistencia de una clase política sometida a la lógica cuantitativa del capitalismo.

En una reflexión cuya trascendencia desborda los límites de la esfera universitaria, el presente volumen reconstruye de manera magistral el giro copernicano que ha experimentado en apenas dos siglos la concepción que la literatura y las matemáticas tenían de sí mismas, así como la tan esperada comunión entre ambas. Si a través de las aportaciones de Poe, Baudelaire, Flaubert o Mallarmé asistimos a la muerte de la figura del artista como visionario inspirado en relación directa con la verdad y el mundo gracias a la transparencia del lenguaje poético, en el campo de los números nos enfrentamos a una revolución no menos radical con la aparición de las geometrías no euclidianas de Gauss, Lobachevski o Riemann. Del mismo modo, la reivindicación del arte por el arte, la autonomía de la literatura y la crisis de la representación que estalla a finales del siglo XIX convirtiendo la literatura –y por extensión el lenguaje– en una tautología incapaz de expresar la realidad del individuo y del mundo, tiene su correlato matemático en las teorías de Poincaré o Gödel. Estos dos últimos nombres, sumados a los de Proust y

Beckett, dan como resultado una ecuación insoslayable que debería impedirnos repetir con respecto a las artes y las ciencias la misma torpeza que cometiera Monsieur Jourdain al hablar sin saber que lo hacía en prosa.

Esperando a Gödel. Literatura y matemáticas contribuye de forma decisiva a fortalecer el campo de estudio de la epistemocrítica, no tanto por los excelentes estudios que conforman el volumen o por la erudición que éste encierra como por la amplitud y solidez de su perspectiva de conjunto. Francisco González Fernández ofrece así a los futuros investigadores un prisma de análisis totalizador que podemos situar, por sus proporciones y fertilidad, en la línea del inconmensurable *Mimesis* de Erich Auerbach. Ello no sería posible sin esa voluntad inicial de acabar con los tópicos relacionados con una concepción cerrada de las matemáticas que en muchas ocasiones viene de la literatura, pero en otras de la propia ciencia: la de la supuesta función puramente denotativa del lenguaje científico frente a las capacidades creativas y connotativas del lenguaje artístico. Idea que, como ya mostrara Nelson Goodman, pertenece a otro tiempo en el que dos y dos eran siempre cuatro.

Borja MOZO MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid
borjamozumartin@ucm.es